



## UN PASEO POR LA VIDA Y LA HISTORIA. LA TRAYECTORIA PERSONAL Y PROFESIONAL DE ANTONIO ELORZA



Ana Martínez Rus

*Hace falta toda una vida para aprender a vivir.*

Séneca

*Sólo viven aquéllos que luchan.*

Víctor Hugo

*La vida es aquello que te va sucediendo  
mientras tú te empeñas en hacer otros planes.*

John Lennon

Antonio Elorza es un historiador formado en el análisis de las ideas políticas. También una persona comprometida con la democracia y con la izquierda desde sus años de estudiante universitario, entre 1959 y 1964. Historiador, ensayista y Catedrático de Ciencia Política, lleva cuarenta y cinco años ejerciendo la docencia en la Universidad Complutense, con un paréntesis, invitado por Miguel Artola en la Autónoma de Madrid, a principios de los 70. También enseñó en universidades francesas e italianas, y en el CIDE de México. Este vasco, nacido en Madrid, al modo de sus admirados Julio Caro Baroja y Nicolás María de Urgoiti, optó desde muy pronto por la vía del trabajo, sin concesiones al poder. Cuando su único hijo entró en la edad de razón, le dijo entre en serio y en broma: «¡No te preocupes, que tu padre nunca recibirá aquí una condecoración, ni entrará en Academia alguna, ni recibirá ningún premio oficial!». De momento, sus dos únicas condecoraciones correspondan a regímenes republicanos,

de Francia y de la Italia que aún era de Prodi y de Napolitano. En el plano político, fue militante y miembro del Comité Central del Partido Comunista de Euskadi (EPK) de 1977 a 1982, defendiendo la convergencia con la coalición surgida de los «poli-milis» que lideraba Mario Onaindía; tras su expulsión por el PCE, tomó parte en la fusión del EPK con Euskadiko Ezkerra, y de ahí pasó a socio fundador de Izquierda Unida, formando parte de su presidencia colegiada entre 1986 y 1988.

La biografía de su padre, llamado también Antonio Elorza, con la carga de la Guerra Civil, y, sobre todo, de la derrota republicana, ejerció una gran influencia sobre sus opciones intelectuales y políticas. Antonio Elorza padre fue un empleado de banca y bolsa represaliado por el franquismo debido a su pertenencia a la UGT y a su condición de oficial del Ejército Popular de la República. Sin acusación alguna que recayera sobre sus actuaciones, después de tres años como topo diurno en los montes cercanos



a Azkoitia, su pueblo natal, al volver a Madrid se encontró con que había perdido su empleo en el despacho de un agente de Bolsa en 1939, cargo que no recuperó hasta 1976. Hábil jugador en la Bolsa, desde fuera amasó una pequeña fortuna, pero nunca le permitieron volver a su puesto de trabajo de 1936. Y pasó miedo real, y posiblemente justificado, hasta bien avanzados los 50. A pesar de ello, nunca se levantaba al sonar el himno «nacional» en público, saltaba en casa de su asiento para apagar la radio un momento por no escuchar la música previa al «parte», no fue a misa ni para la primera comunión de su hijo, se salía de la sala mientras proyectaban el «No-do», y no se atrevió a pedir pasaporte hasta los 70. Consecuencia: Antonio Elorza hijo fue un antifranquista tan determinado como temeroso.

Su posición podría definirse como la de observador participante de los cambios que se sucedieron en España durante las últimas cuatro décadas. Fueron sus maestros, en sentido estricto, José Antonio Maravall y Luis Díez del Corral, dos historiadores orteguianos, que literalmente le enseñaron a leer y a pensar que el trabajo del historiador y del científico político tenía por objetivo inmediato, en la España de Franco, la construcción de la libertad. Luego resultó enormemente fructífera la relación intelectual y amistosa durante muchos años con ese extraño ser, y extraordinario historiador, que es Miguel Artola, Siempre con la pasión por la libertad en España, Artola le mostró la importancia de la investigación de archivo, así como la necesidad de que el historiador abordara su trabajo prescindiendo de las muletas de las precedentes interpretaciones. Si las hipótesis previas se veían confirmadas por la documentación, había que atreverse a explicar los procesos históricos sin hipoteca alguna. Fue además, y durante mucho tiempo, una amistad entrañable, hasta que Miguel la cortó de modo doloroso e inexplicable. Como la que, gracias a amigos comunes, con Carmen Caamaño y Ricardo Fuente en primer plano, acabó teniendo con otro historiador ad-

mirable, Pierre Vilar. En otro orden de cosas, cabe resaltar el papel desempeñado en su vida por Juan Velarde, catedrático y economista, especialmente en su carrera académica, y también como protector de sus investigaciones y publicaciones heterodoxas en los últimos años del franquismo. Gracias a Velarde se ganó la vida en el Ministerio de Trabajo de 1965 a 1970, pudo dirigir entre 1977 y 1992 *Estudios de Historia Social*, una revista trimestral donde se publicaron trabajos de notable importancia y que murió por decisión cínica de un antiguo colaborador suyo, quien no se atrevió a suprimirla mientras desempeñó un alto cargo en el Ministerio de Trabajo y que lo hizo al abandonarlo. La independencia no vende. En éste, como en otros casos similares, se comprobó lo que afirmaba el canto popular recogido por Carlos Saura en su filme *Llanto por un bandido*: «Al pie de un árbol sin frutos, me puse a considerar, qué pocos amigos tiene, el que no tiene que dar».

Las posiciones políticas de Antonio Elorza estuvieron marcadas por la situación que vivía España bajo la dictadura franquista y por un viaje que realizó a los Estados Unidos, una vez terminada la carrera, tras el asesinato de Kennedy. Contrariamente al proceso que sufrieron después otros jóvenes universitarios españoles, próximos a la extrema izquierda que, tras su paso por el país americano, volvieron convertidos al neoconservadurismo, Elorza afianzó allí sus posiciones socialdemócratas, tan antiamericanas como antisoviéticas. Hay que recordar que el PSOE era inexistente en esos tiempos. Su modelo político iba a ser el PCI. Tradujo el *Compromiso histórico y gobierno de unidad democrática* de Enrico Berlinguer al español, y por la resistencia aquí mostrada a la difusión de tales planteamientos se dio cuenta del abismo que separaba al comunismo democrático del PCI del comunismo (estaliniano) en la democracia del PCE. El mejor elogio en tanto que seguidor de la línea Gramsci-Togliatti-Berlinguer se encuentra en una tesis recientemente defendida

en Roma, en la que se le califica como «el más italiano de los comunistas españoles».

En la esfera profesional, Antonio Elorza fue, ante todo, especialista en historia del pensamiento y de los movimientos sociales y políticos en España. Tras un paso fallido por el estudio del liberalismo de fines del XIX, sus inquietudes intelectuales le llevaron primero a analizar la Ilustración, el origen y desarrollo del liberalismo español, pasando más tarde al estudio de figuras vinculadas entre sí en torno al diario *El Sol*: el filósofo Ortega y Gasset, el empresario y editor Nicolás M.<sup>a</sup> de Urgoiti, el dibujante Luis Bagaría, en una serie de círculos concéntricos que todavía no se han cerrado del todo. Al entreabrirse los archivos de Moscú, consagró los años 90 a investigar la Internacional comunista y sus relaciones con España, así como el autonomismo cubano previo a la independencia de la Isla, ocasión para seguir de cerca la interminable agonía del castrismo. En ambos casos tuvo la compañía de la historiadora que fuera su mujer, Marta Bizcarrondo. Una vez cumplida esta tarea, regresó a su preocupación de juventud por el nacionalismo vasco, con su mezcla de integrismo y de violencia. Las preguntas formuladas en torno a esta cuestión sirvieron en los últimos diez años para su trabajo de investigación sobre otro integrismo, el islámico.

Entre su extensa obra destacamos títulos como *La ideología liberal en la Ilustración española* (1970); *Ideologías del nacionalismo vasco, 1876-1937* (1978); *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset* (1984, Premio Anagrama de Ensayo); *Luis Bagaría. El humor y la política* (1988); *Pensamiento político en España, siglos XIX y XX* (1989); *La modernización política en España* (1990); *Queridos Camaradas: la Internacional Comunista y España, 1919-1939*, junto a Marta Bizcarrondo (1999); *Cuba/España, el dilema autonomista (1878-1898)*, de 2001, también al lado de Marta; *Umma. El integrismo en el Islam* (2002); *Tras la huella de Sabino Arana: los orígenes totalitarios del nacionalismo vasco* (2005), y *Los dos mensajes del Islam. Razón y violencia en la*

*tradición islámica* (2008). También cabe destacar su labor como traductor y divulgador científico de textos históricos anarquistas y socialistas. Desde el Ministerio de Trabajo consiguió publicar legalmente, a partir de 1968, en la *Revista de Trabajo*, por vez primera vez durante la dictadura de Franco, obras de dirigentes e intelectuales del movimiento obrero, de los socialistas Pablo Iglesias y Jaime Vera a los anarquistas Diego Abad de Santillán, Federica Montseny y Juan Peiró, gracias siempre a la tolerancia de Juan Velarde, jefe del Gabinete de Estudios del Ministerio de Trabajo, quien, por otra parte, no se daba mucha cuenta de lo que el joven profesor hacía con los recursos proporcionados por su presencia en el Ministerio. De paso ayudó a José Martínez, editor de Ruedo Ibérico en París, en la publicación de clásicos prohibidos en España. Tuvo también una fugaz colaboración en *Cuadernos de Ruedo Ibérico* y como traductor de Trotski para la misma editorial, aun cuando para el público la versión española de 1905 saliese con las firmas del propio José Martínez y de Juan Andrade. Asimismo es conocida su faceta como columnista en distintos medios de prensa escrita a partir de *Triunfo* en 1971, hasta *El País*, desde 1981 hasta el presente. Ha colaborado asimismo en *Revista de Occidente*, *Cuadernos para el Diálogo*, *El Correo*, etcétera.

Se dice que «es más fácil juzgar el talento de un hombre por sus preguntas que por sus respuestas». De todas maneras, vamos a intentar conocer algo más acerca de la vida y trayectoria de Antonio Elorza por las respuestas a mi cuestionario:

P. ¿Cómo fueron tus inicios en los estudios de Historia y Política? ¿Cómo era el ambiente universitario e intelectual de entonces?

R. En 1959 ingresé en la Universidad Complutense de Madrid, a punto de cumplir los dieciséis años. La Facultad de Ciencias Políticas y Económicas se encontraba entonces en el viejo caserón del Noviciado, en la calle de San Bernardo. Era una Universidad donde se habían

apagado los ecos del 56 y en la que aún prevalecían usos similares a los que pudieron existir en la primera mitad del siglo, con los bedeles dando la hora mientras se comían un plátano o los pateos a los profesores impopulares o despistados. Me gustaba en principio Económicas, me apasionaba la historia y me interesaba la política, pero tenía demasiado miedo en esos años para pensar en una militancia de oposición. La vida destruida de mi padre contaba demasiado. Tampoco había ofertas de militancia atractivas. Cursé Económicas hasta cuarto, inicié Historia y finalmente terminé Políticas, porque era donde entonces se enseñaba un tipo de historia, la de las ideas políticas, con Díez del Corral y Maravall, que marcaba un corte radical con el discurso del Régimen. Además, Políticas estaba entonces en el mismo edificio que Económicas y ambas carreras tenían muchas asignaturas en común, resultaba factible cursar ambas al mismo tiempo en espera de decidirse por una o por otra. Allí descubrí a Ortega, Raymond Aron, Huizinga, Pierre Vilar, Keynes, Galbraith, Gurvitch, y, gracias «al Sabine», las grandes líneas de la historia de las ideas políticas. En Historia del Pensamiento Político, con Maravall, en cuarto curso, las explicaciones llegaban hasta el federalismo de Pi y Margall, aunque se comenzaba todavía en el «hispano» Séneca, y se seguía un largo trayecto pasando por su plúmbeo y magnífico *El concepto de España en la Edad Media*, con mucha insistencia en el Renacimiento y, sobre todo, en la Ilustración. Respecto del siglo XIX, Maravall planteaba una visión crítica de la Restauración y se encontraba ya en puertas de la profunda renovación metodológica que en su bibliografía representan los libros sobre la *Celestina* y sobre las *Comunidades*, de comienzos de los 60. Por su parte, las clases de Díez del Corral consistían más en ensayos de lectura, desde su erudición y su *esprit de finesse*, que en una exposición académica clásica de los pensadores. En el recorrido se abordaba desde la Grecia clásica a Rousseau, porque no se iba más allá en el temario, salvo

para las alusiones al pensador preferido de don Luis: Alexis de Tocqueville. La facultad vivía un momento dorado con profesores como Luis Díez del Corral, José Antonio Maravall, José Luis Sampedro, Enrique Fuentes Quintana, Luis García de Valdeavellano, y en segundo plano, Paulino Garagorri, o Manuel de Terán.

También estaba Manuel Fraga, catedrático de Teoría del Estado, muy autoritario, con clases preparadas como si aún fuera un opositor, y que, si no recuerdo mal, separaba en el aula chicos de chicas. No era popular, y su salida de las clases, forzando un pasillo entre las masas de estudiantes que intentaban entrar para la siguiente clase de Teoría Económica 2, donde pasaban lista, tenía algo de carga del rinoceronte blanco. Entraba a las nueve en punto, dejando fuera al que llegase inmediatamente tras él, y salía a las diez menos cuarto, antes de la hora: luego supe personalmente, por coincidir con él allí, que no era por cuestión de trabajo, sino para ir a un gimnasio de la calle Casado del Alisal. En vísperas de acceder al Gobierno, los estudiantes que organizaban una fiesta llamada «paso del Ecuador», dedicaron una chirigota a «la señora Friega y Barre» con una letra expresiva: «No hay secreto, no hay misterio, va buscando un ministerio». Ya ministro, Fraga acudió a la Facultad para presentar su Ley de Prensa, ganándose un enorme pateo sobre las tarimas huecas del Paraninfo de San Bernardo cuando quiso probar su apertura de espíritu al haber autorizado que Conchita Montes pronunciara la palabra «furcia» en una comedia de Marcel Achard. «¿Y cuánto te han pagado?», preguntó desde el fondo una voz socarrona. No era Fraga hombre capaz de contenerse en la respuesta y se armó la gran bronca. Curiosamente, en la Facultad, creada en 1944 para formar cuadros del régimen, había catedráticos y profesores adictos al franquismo, como Jesús Fueyo, pero contaban muy poco.

Clases y bibliografía nos situaban en otra órbita. Frente a la España oficial de la dictadura, era un mundo intelectual orientado hacia el li-

beralismo democrático y hacia Europa. De este modo, se hizo posible para mí y para mis compañeros un cambio de mentalidad, una ampliación de horizontes, gracias a lo que recibías en Facultad, y también a lo que comenzabas a ver fuera, en la literatura y en el cine. De hecho, a este nuevo ambiente contribuyó el cine de la época de manera notable, destacando los filmes italianos, con *Rocco y sus hermanos* y *El gatopardo* de Visconti, o, en clave española, *Plácido* y *El verdugo*, de Berlanga, o *Llanto por un bandido* de Saura. Recuerdo con qué fervor Maravall nos recomendó *Plácido*, que a su juicio recuperaba la lúcida amargura del lenguaje de la novela picaresca. Fueron elementos claves para la configuración de mi ideología.

También contó en esos años la llegada de Manuel Fraga al Ministerio de Información y Turismo, después de la larga noche de Arias Salgado, porque se empezaron a publicar y traducir libros impensables anteriormente y pudimos comprar obras en francés como el *Manifiesto Comunista*, en la Colección Popular 10-18, que todavía conservo. La utilicé para mi traducción que de 1965 al estado de excepción de 1969 pudimos vender como material de clases prácticas, y con el consiguiente éxito de público... en la tienda de apuntes del SEU, a diez pesetas. *El contrato social* de Rousseau, se encontraba todavía, hacia 1960, en el infierno de la librería Fuentetaja, las lecturas de prácticas sólo llegaban hasta Locke. Pues bien, en 1965 pasamos, como he dicho, a Marx, y un par de años después incluíamos a Mao, sin olvidar lógicamente a los clásicos griegos y a Maquiavelo. A quien perdimos de vista en el camino fue a San Agustín.

En 1961, la máxima calificación con Díez del Corral en la asignatura de Historia y Formas de las Ideas Políticas, me abrió la puerta de un curioso Seminario que se reunía semanalmente en el Instituto de Estudios Políticos, en lo que es hoy el Centro de Estudios Constitucionales, y entonces también Consejo Nacional del Movimiento. Lo dirigían José Antonio Maravall y Luis Díez del Corral, conjuntamente. Grandes

amigos, ambos habían sido discípulos de José Ortega y Gasset desde los años 30, y después del momento oscuro de la primera posguerra, habían regresado al liberalismo democrático, con el prestigio ganado por don Luis gracias a sus libros *El liberalismo doctrinario* y *El rapto de Europa*, y por Maravall con sus estudios sobre historia del pensamiento político español. En el seminario se discutía de temas de historia del pensamiento y de historia general, bajo un liderazgo en plan Marx y Engels, con Díez del Corral en el papel de Marx y Maravall haciendo de Engels, con una jerarquía implícita difícilmente comprensible desde hoy. Entre tanto, los jóvenes que estábamos allí hacíamos ejercicios de ingenio para que notasen los maestros que éramos muy listos, y de paso recibíamos encargos de recensiones para la *Revista de Estudios Políticos*. En este seminario estábamos Juan Trías, Antonio Gimeno, Alejandro Muñoz Alonso, Diego Mateo del Peral, en fin, los que pronto nutrirían las ayudantías y los puestos de adjuntos de las cátedras de ambos. También estaba Ángel Facio, hombre muy lúcido y mordaz, dedicado cada vez más al teatro. Fundó el grupo «Los Goliardos», del que si no me equivoco formó parte el joven Pedro Almodóvar. Era gente variopinta, por lo general bastante inteligente, y muy lectora. Casi todos estábamos muy angustiados por la situación económica personal, porque ni como pre-ayudante ni como ayudante se ganaba absolutamente nada. Una ayudantía preferente era remunerada con 1.125 pesetas al año. Por lo menos, a falta de ingresos, fue un período de intensas lecturas,

Cuando acabé la carrera, en 1964, el primer catedrático que me invitó a ser ayudante suyo fue José Luis Sampedro en Estructura Económica, pero no duré mucho, porque el propio Sampedro dejó Políticas, y la enseñanza quedó en manos de Rafael Martínez Cortiña, mucho menos atractivo. No me resultó grato estar con él y, a pesar del interés de la materia, acabé dejándola, no sin antes intentar el fichaje de un joven muy brillante, de nombre Félix de Azúa.

A continuación, curiosamente, recibí una invitación de Paulino Garagorri, filósofo discípulo fidelísimo de Ortega, a cuyas lecciones yo había asistido muy poco. Una vez incluso me echó de clase. Se confundió, sin duda, por la causa de que yo destacara en su memoria y me invitó a ser su primer ayudante. Me resultó aún más extraño, porque yo admiraba a Ortega, pero distaba de ser un fiel suyo, sobre todo después de leer *España invertebrada*, y, además, Garagorri sólo me había dado aprobado. Años después se lo comenté y me dijo que pensaba que yo había sido el organizador de un homenaje a Unamuno. Fue un error simpático, porque trabajar con don Paulino fue muy grato, y, además, serví de puente para que siguieran siendo profesores en su puerto de refugio los perseguidos en otros lugares, como Javier Muguerza y Valeriano Bozal. El hecho es que el buen liberal fue desterrado a un pueblito de la Serranía de Cuenca durante el estado de excepción de 1969: nada menos que era secretario de redacción de la *Revista de Occidente* y en clase «hablaba con ironía del Régimen».

Finalmente acabé siendo ayudante de Díez del Corral y Maravall. Incluso cuando fui agregado —algo así como subcatedrático— del segundo seguía siendo ayudante de don Luis. El Seminario de Estudios Políticos no había durado mucho, porque cuando Fraga Iribarne fue nombrado director del Instituto de Estudios Políticos se acabó la libertad, aquella pequeña libertad. Estuve más cercano intelectualmente a José Antonio Maravall, porque era más abierto en el plano ideológico, aunque en el trato no siempre fue fácil. De ahí que personalmente estuviera en los 60 más próximo a Díez del Corral, aunque en los años 70 sufrió una involución conservadora, después de haber sido sometido a un aberrante juicio crítico organizado por un maoísta, hoy persona muy respetable, José Sanroma, alias Intxausti, que le interrumpió una clase poniéndose a leer, hasta que llegó la hora, párrafos de *La ideología alemana*. Para la tarea contó con la colaboración, desde dentro de la Cátedra, de

un par de jóvenes radicales, de ser verdad lo que me contó años después un entonces confidente de la policía, hoy empleado en la sección de expedientes disciplinarios en el Rectorado de la Complutense. Fue un asunto de náusea, ya que por su propia reflexión o por oportunas difamaciones, el catedrático acabó echando la culpa a quienes, como Juan Trías o yo mismo, le habíamos defendido en público ante los estudiantes en las ásperas sesiones del «juicio», al que no asistió. En la cátedra de Díez del Corral coincidí con dos jóvenes muy brillantes: María del Carmen Iglesias, hoy Carmen Iglesias, a la sazón espléndida profesora e izquierdista, con la cual escribí un libro titulado *Burgueses y proletarios*, muy alejado de sus ulteriores afanes académico-cortesanos, y José Álvarez Junco, que venía de Derecho, con quien compartí un tiempo la responsabilidad de unas clases prácticas de Historia de las Ideas, con un notable éxito.

Mi primer trabajo de investigación fue sobre los aspectos políticos del proteccionismo catalán, tema sugerido por Maravall en el citado seminario del Instituto de Estudios Políticos. A continuación, de cara a la tesis doctoral, pasé a estudiar al político liberal Segismundo Moret en el contexto de la Restauración pero, finalmente, por falta de documentación, después de llevar 200 páginas redactadas, cambié de tema. Era la limitación de la historia de las ideas, cuando el tema concernía al proceso político. Entonces decidí estudiar la Ilustración en busca de las raíces de la España liberal. Aunque la idea partió de las clases de Maravall, a él no le gustó demasiado el nuevo objeto de estudio. Él no utilizaba el término de liberales, se refería a ellos como corrientes de reforma política.

Eran años sobre todo de lectura. En el orden político, se trataba de leer lo que no te dejaban leer. Había ansia de leer a Marx, por ejemplo. Luego a Rosa Luxemburg, a Marcuse, a Mao, a Lenin. Los años de estudiante no sólo eran de formación, que te hacía una falta enorme porque arrancabas de cero, o de menos cinco, sino que fueron años de cambio cultural en España

con la llegada de Fraga, porque se pudo comenzar a leer libros hasta entonces prohibidos, y eso era muy importante. Por lo demás, entre 1957 y 1962 se vivía aún el reflujo del 56 y su represión. Asimismo, fueron importantes los movimientos de solidaridad con las huelgas de 1962 en Asturias. Las huelgas movieron la charca. Antes se sabía que Ángel de Lucas, o Santiago Roldán, eran de izquierdas, pero no existía el tejido de izquierdas que se formará a partir de 1962. Recuerdo los panfletos de la FUDE, que vi por vez primera en la terraza de Filosofía y Letras. El recientemente fallecido Rodrigo Uría me propuso sin éxito entrar en la organización durante una entrevista en la Gran Vía, junto a la salida de metro de Santo Domingo.

Colaboré intelectualmente con grupos militantes, pero no me incorporé orgánicamente a ninguno, por miedo, y porque tampoco me atrajo nunca el izquierdismo. Yo era un demócrata, más bien un socialdemócrata, dado que siempre fui antisoviético. Mientras en la noche del 23-F cumplía la consigna del PCE, pronto rectificada, de estar cerca de las Cortes, un antiguo alumno comunista de la Facultad me contó que en previsión de que yo solicitara el ingreso en el partido, la célula del mismo se había reunido para rechazarme «por socialdemócrata y menchevique». Me encantó, porque los mencheviques andan ya muy escasos. Luego, en 1989, Ludolfo Paramio me dijo que yo era un «eserista». Prefiero lo anterior. De hecho, di mi primera conferencia en 1964 en el Colegio Mayor Covarrubias sobre las revoluciones de Hungría y Polonia en 1956, y hablaba de los años de sumisión a la URSS como hoy lo hago de Irán o de Cuba. Tengo todavía por ahí el esquema.

De 1962 a 1964 la universidad dio un salto enorme; de hecho, salimos del SEU en 1964. Tomé entonces por primera vez la palabra en una Asamblea de Facultad, temblando por la inseguridad —durante mucho tiempo tuve que tomar tranquilizantes para pronunciar conferencias—, y dije que había que salir del SEU

porque era un acto de libertad. Y punto. Ese año fue crucial en mi formación política y en la radicalización que compartía con otros como Juan Trías, diez años mayor que yo y pronto vinculado al PCE. Entonces, a falta de otra cosa, vivíamos la política, más que en España, a través de lo que sucedía en Francia y en Italia. Recuerdo la alegría porque Saragat, un socialdemócrata, había sido elegido presidente de la República italiana. O las elecciones francesas de 1965 donde Mitterrand disputó la presidencia a De Gaulle. Ésta es una situación que se prolonga hasta que se consolida la democracia en España. La victoria de Mitterrand en las presidenciales francesas de 1981 fue la última gran satisfacción, que luego no duró mucho.

Después de acabar la carrera obtuve el premio extraordinario de licenciatura, no el nacional, en el que como intervenía, creo, el SEU no quise presentarme (la tesis doctoral sobre «La ideología liberal en la Ilustración española» fue también premio extraordinario). En el verano de 1963 ingresé en las milicias universitarias, iniciando un servicio militar atípico y menos que brillante, pues si bien pasé en el primer campamento trimestral a sargento, luego tuve que aplazar el segundo para acabar la carrera y por una enfermedad hasta 1966. Esta vez fui rechazado y terminé haciendo los nueve meses que me quedaban en la Remonta, en Madrid, gracias a la recomendación del padre de un amigo, como cabo primero de caballería a caballo. Fue una experiencia muy desagradable, tanto en el campamento de Zamora como en el cuartel de la calle Bravo Murillo. La grosería dominante en las relaciones personales de la vida militar, el alto grado de corrupción y la falta de recursos, daban al servicio, desde mi perspectiva, el sentido de una condena carcelaria, aun cuando en los nueve meses, de septiembre de 1967 a abril de 1968, gocé de una situación relativamente privilegiada y pude seguir dando clases, y hasta escapé al voto obligatorio en el referéndum del 67 y a la no menos forzosa comunión general del cuartel, cuya canción identitaria era ya sufi-

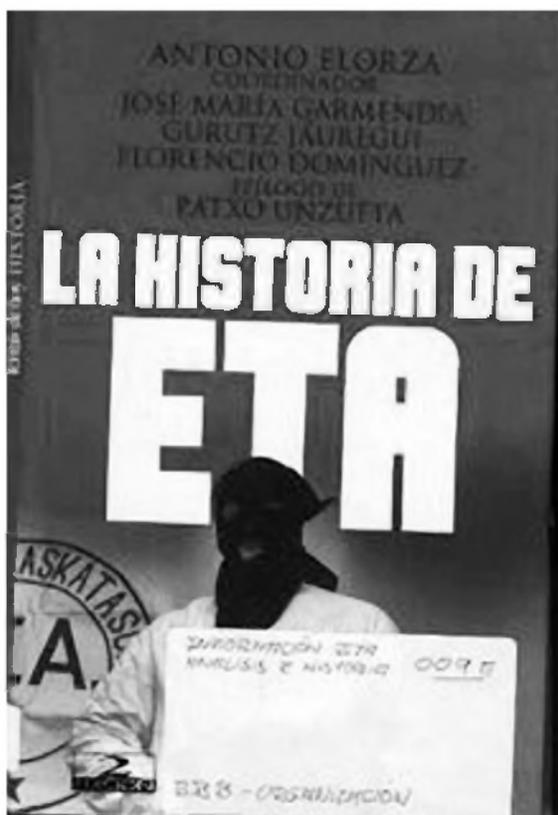
cientemente expresiva de la triste suerte de los soldados no recomendados, que estaban siempre de cuadra: «Depósito de Remonta, cuartel de caballería, donde los hombres no duermen, ni de noche ni de día». Y para mi sorpresa, apenas en abril de 1968 fui licenciado en la Remonta, recibí una notificación del Capitán General de Madrid que me distinguía amablemente con la orden de iniciar de inmediato un servicio militar completo en África. Mi madre se cayó redonda cuando un enviado del Ministerio le comunicó la noticia. Para no obedecer, alegué que no podía incorporarme como soldado raso, siendo ya cabo primero. Ése era mi razonamiento, y que yo ya tenía fechada la cartilla de haber sido licenciado, pero me decían que no. Usted, primero, preséntese, y luego veremos. Llegué incluso a contemplar el exilio a Francia como salida para evitar otros quince meses completos en el Ejército, y, por añadidura, como castigado en África. Finalmente, mi padre solucionó este incidente después de varias semanas por el procedimiento hispánico de untar a un chusquero, que incluyó la documentación de mi caso entre los resueltos positivamente. Pero eso demostró lo que me querían en el Ejército español, bien por lo del *Manifiesto comunista*, bien por discutir sobre Marx y sobre el *Pequeño libro rojo de Mao* en clases prácticas.

P. *¿Cómo fue tu acercamiento al marxismo? ¿Y cómo fue tu proceso de concienciación política?*

R. Me aproximé al marxismo como filosofía de la historia a través de lecturas indirectas. El Marx de los jesuitas, del padre Calvez. Sobre todo, lo que me acercó al marxismo fue, sorprendentemente, la lectura de Raymond Aron, con sus 18 lecciones sobre la sociedad industrial. Pero fue decisiva una invitación para visitar los Estados Unidos en 1965, en el último viaje de un programa que había nacido bajo Kennedy y que siguió por algún tiempo con Johnson para atraerse a la formas de vida, a la política americana, a *young student leaders*. Aquello resultó ser un Disneyland político a la carta. Durante

tres semanas visité Washington, Nueva York, estuve en las cataratas del Niágara, en Buffalo, hablé con gentes del Departamento de Estado, con intelectuales represaliados por McCarthy, ya muy domesticados, con un senador contestatario, Wayne Morse de Arizona, y con sindicalistas. También visité barrios de hispanos y de gente color, con lo que pude percibir el intenso racismo que aún prevalecía. Estuve asimismo en la Universidad de Ann Arbor y allí tuve involuntariamente el primer ligue de mi vida. Crucé la frontera con Canadá sin visado y participé en Toronto en una manifestación contra la guerra de Vietnam. Me hizo una foto el fotógrafo oficial del presidente Johnson.

Pero no todo fueron diversiones. Hubo dos incidentes. El primero, con un funcionario del Departamento de Estado, porque yo le comenté en nuestra visita que la imagen de Estados Unidos en España era negativa por ser su política un apoyo abierto al franquismo, y tenían que contar con los demócratas, no sólo con Julián Marías. El hombre cortó la conversación con una frase: «Queremos ayudarles, pero también podemos destruirles». Antes de salir, le hice notar que por eso no se preocupase; Franco se encargaba muy bien de la tarea. El segundo tuvo lugar en casa de los represaliados por McCarthy, después de la excursión anti-guerra de Vietnam. Estaba también invitado un político republicano de Massachussets, uno de los convencionales elegidos para votar al Presidente. A una pregunta suya, respondí que la política estadounidense contra Cuba era un error. No dije nada a favor de Castro. Y me replicó muy energicamente que él no había hecho la Segunda Guerra Mundial echando bombas sobre Alemania para aguantar a un comunista en su propio país. La verdad es que me dio mucho miedo y pensé que los fachas de mi país estaban bien acompañados en USA. Este viaje tuvo, así, un efecto contraproducente porque vi de cerca el «mundo libre» y no me gustó demasiado. Total: volví antiamericano. También fue bonito porque paseando por la Quinta Avenida coin-



cidimos con Jackie Kennedy, y al entrar en el Senado con el vicepresidente Humphrey. Ligué, aunque yo no quería ligar, pero mi amigo Gimeno se empeñó en ir al *party* a ver si pescaba algo, y me tocó a mí: fue la primera noche que pasé besando a una mujer. Conservo su foto con cariño. En el mismo viaje estaba Méndez Leite, aunque no coincidimos. Fue interesante, pero pude darme cuenta de que Kennedy había dejado un gran recuerdo, pero no una huella, que las cosas no habían cambiado demasiado, y que imperialismo no era una palabra vacía. La sensibilidad hacia la democracia española era nula en USA, y el racismo seguía. Me reafirmé como un joven ayudante de izquierdas, marxista, pero radicalmente antisoviético, y con ganas de hacer cosas contra el Régimen. Esta ideología fue reforzada por la respuesta del PCE a la invasión de Praga en 1968. Seguí día a día, por *Le Monde* y por radio, la primavera de Praga, antes que Mayo del 68, y creí entonces en el espejismo de

que podía existir un comunismo democrático. Y que el PCE, tan rotundo en la condena de la invasión, podía encarnarlo.

Entre 1965 y 1970, para ganarme la vida, trabajé en el Ministerio de Trabajo como sociólogo, al lado de José María Maravall y Santiago Roldán, estableciéndose entre los tres una buena amistad, en un extrañísimo Gabinete de Estudios dirigido por Velarde, catedrático de Estructura Económica, como dije falangista, pero muy abierto a título personal. Velarde me protegió y fue decisivo en mi trayectoria académica, ya que, según pienso, gracias a esa protección yo llegué a ser catedrático, al hacer saltar más de un cerrojo oculto. Era la suya una mezcla de liberalismo, en el plano personal, y de militancia franquista. Una vez, en su columna de *Arriba* no se recató en elogiar a «mis amigos marxistas», por Antonio Elorza y José Luis García Delgado. Entonces, un franquista a ultranza que se llamaba Valero Bermejo lo celebró escribiendo que ya era hora de que alguien desenmascarara a los rojos. Tuve que decirle: «Juan, ya sé que nos quieres, pero, por Dios, no hables así de nosotros». Debajo de Velarde estaba en el Ministerio un falangista de estricto cumplimiento, Enrique Martín. Los estudiantes le llamaban «Nikita» y nos recordaba al personaje interpretado por Mickey Rooney en *Desayuno con diamantes*. No era mala persona: sentía sus ideas a fondo. Era adjunto de Salvador Lissarrague, sociólogo discípulo de Ortega en los 30, con aires de pirado, que daba clases ininteligibles y que, como buen miembro de la quinta columna durante la Guerra Civil, proporcionaba voluntaria o involuntariamente apoyo a la policía en la Universidad, al haber nombrado como ayudante a un señor que pertenecía a la Brigada Social, de acción, ya está dicho todo. Era un hombre muy completo, iba al Ministerio por las mañanas, luego a un gimnasio para seguir estando cachas, e interrogaba por las noches en la DGS, amén de sus «clases» en Políticas. Creo que contribuí a su salida de la Facultad, al difundir que teníamos allí de profesor a uno de la Social. Volvamos

a los retratos. Tras de mí entró en el gabinete el ya citado Antonio Gimeno, genial, incomprendido, inaguantable y fascinado por una bellísima secretaria casi adolescente, Marisa Blanco. El último fichaje fue un joven economista próximo al PCE, Emilio de la Fuente. En suma, un *cocktail* muy curioso.

Fueron también años de aproximación creciente a Euskadi. En el plano imaginario, siempre me sentí y me siento vinculado a la tierra de mi padre y de mis abuelos paternos, nacidos en Azkoitia (Guipúzcoa). Durante mucho tiempo soñé vivir en la casita familiar del barrio de San Martín, frente al majestuoso monte Izarraitz. Mi madre era gallega, del Barco, en Ourense, y su padre había sido minero en la margen izquierda de la ría de Bilbao. Contribuyó también a forjar esa identidad imaginaria. A los ocho años mis padres me atizaron como regalo *Amaya, o los vascos en el siglo VIII*, de Navarro Villoslada, libro en que se formó más de un nacionalista. Sin llegar a vivir nunca allí, mantuve un contacto permanente hasta los recientes años de plomo. Al terminar la carrera, la relación se intensificó, de un lado por la amistad con el presidente de la Sociedad Bascongada de los Amigos del País, Álvaro del Valle Lersundi, hombre conservador pero entusiasta del vasquismo, que me abrió puertas para emprender el estudio del nacionalismo vasco, y de otro, al participar en el grupo de estudiantes vascos de la Complutense, dirigido por un núcleo de la incipiente ETA, con Txomin Ziluaga al frente. Fue la ocasión para conocer de cerca el movimiento abertzale.

En abril de 1966 me casé, cómo no, con una vasca, Ana de Otaola, y en mi viaje de bodas a París entré en contacto con José Martínez, el editor de Ruedo Ibérico. Utilicé la biblioteca del Ministerio, que tenía fondos marxistas que no se encontraban en ningún otro sitio, fotografiando libros de Bakunin, Rosa Luxemburgo y otros clásicos, para facilitar títulos que esta editorial publicaba posteriormente en el exilio. Todo era muy primitivo, hacía fotografías del libro, página por página, que luego enviaba por correo.

Como sociólogo ganaba 8.000 pesetas brutas al mes, seguía de ayudante, y al mismo tiempo compaginé unas clases de estadística en Hermandades de Trabajo y un Seminario de Historia en el Banco Urquijo, que me había facilitado Garagorri. Lo dirigía un filósofo de trato muy difícil, Julián Marías. También estaban formalmente Aranguren, que no iba nunca, don Pedro Laín Entralgo, que iba algunas veces, y que en ese momento era una persona totalmente deliciosa, Gonzalo Anes, que todavía tenía el espíritu de la ASU. Estaban también Martínez Cuadrado, Melchorín [Melchor Fernández Almagro], y una mujer absolutamente encantadora, Carmen Martín Gaité. Entré en 1965 en el seminario, por iniciativa de Garagorri, que resultó muy interesante por sus tertulias, y pagaban bien, aunque había que aguantar las fobias de Marías. Allí también conocí a un personaje importante para mí, Jorge Reinales, conocido como *Cambos* en su vertiente literaria. Este escritor militó en las Juventudes Socialistas Unificadas e hizo la guerra en un surrealista Servicio de Recuperación de Tanques. La confusión provocada por su doble apellido le salvó de una muerte segura al finalizar la guerra. Entonces trabajaba en la editorial Taurus y fue él quien me habló por primera vez de Bagaría, y es el origen de mi trabajo sobre este dibujante de *El Sol*. Sus informaciones sobre la España anterior al 36 tuvieron una influencia muy positiva sobre mí. También fue crucial en el tema de Tesis de mi segunda mujer, Marta Bizcarrondo, que entró en este seminario en 1967. Marta militaba en el Frente de Liberación Popular, y en 1968 organizó, como delegada de Asuntos Culturales, el concierto de Raimon en la Facultad de Políticas y Económicas, que le costó ocho sumarios. Precisamente fue mi primera mujer, ayudante también de Garagorri, quien me hizo reparar en ella durante un examen. Como no existía divorcio, y mi primera mujer me abandonó, marchándose a Inglaterra, mi relación con Marta supuso una gran inseguridad institucional. No pude vivir con ella hasta 1974; tres años después me casé

en Londres, nuestro hijo Haritz nació en 1977 en San Juan de Luz, y nos casamos definitivamente en España, al entrar en vigor el divorcio, en 1983.

Lo más destacable de esta triste historia fue el fallido proceso que intenté en la Rota para anular mi primer matrimonio. Tengo en mi poder declaraciones y sentencia, y realmente merecerían ser objeto de publicación a efectos de mostrar hasta qué punto la Iglesia era capaz, aún en los años 70, de reventar la vida de las personas, acudiendo a los medios más increíbles. La cosa era simple: los contrayentes rechazábamos el sacramento y se lo habíamos comunicado al cura, que declaró en este sentido. Pero ella estaba en Inglaterra y, sin duda, su familia presionó para fastidiar. El hecho es que, como todo estaba muy claro a favor mío, la sentencia se basó en mi descalificación ideológica, que el redactor, pienso que no el juez sino un joven clérigo vasco hoy muy bien situado en Guipúzcoa, vinculado a la familia de ella, decía conocer, por leerme en *Triunfo*, y poder juzgar por sus supuestos conocimientos psiquiátricos. En suma, no se me podía dar sentencia favorable por ser yo «un hombre dotado de una ira pálida, o por mejor decir de una ira roja», «encerrado en el molde de piedra de su ideología», lo que en términos de la ciencia y siguiendo a López Ibor, era «un psicópata moral, comparable a las grandes prostitutas y a los criminales del juicio de Nüremberg». Realmente, yo no les caí simpático.

P. ¿Cómo continuó tu trayectoria personal y profesional? ¿Y cómo te iniciaste en actividades políticas?

R. Desde mediados de los sesenta era, como he dicho, sociólogo forzoso que vivía de la suma de pequeños ingresos. En 1968 hice traducciones de Marcuse para Seix & Barral y de Antonioni para Alianza. Algún tiempo después Félix de Azúa me ofreció trasladarme a Barcelona para trabajar en dicha editorial, ofrecimiento que rechacé. Desde 1965 colaboraba con Ruedo Ibé-

rico y con la revista *Cuadernos de Ruedo Ibérico* en 1968. Realicé mi Tesis sobre la Ilustración y el pensamiento liberal con pocos medios, a golpe de bolígrafo, y la acabé de manera apresurada a principios de 1969 por la declaración del estado de excepción en enero. Ese día yo me encontraba en el Archivo de Simancas, y al volver a Madrid casi incendio mi cuarto de baño quemando panfletos. Siguió una primera oleada de destierros, y los rumores que se desataron a continuación sugerían que me iban a desterrar a Villafranca de los Barros. No hubo segunda oleada. Y no era una broma ya que Paulino Garagorri lo fue. El Régimen perdió la brújula. Ese miedo hizo que defendiese la Tesis el 23 de abril de 1969 ante un Tribunal en el que estaban Miguel Artola, Gonzalo Anes, Díez del Corral y Maravall. La tesis llegó a Tierno Galván, que la informó positivamente y así fue publicada por Tecnos en 1970, editorial dirigida entonces por Gabriel Tortella padre. La publicación de la tesis no me benefició, no me sentó nada bien, no me favoreció nada. Recibí una tormenta en contra puesta en marcha por Gonzalo Anes; le debo que Josep Fontana me hiciera una reseña durísima en la *Revista de Occidente*, aplicándome la ley del buen marxista. Luego he sido amigo de Fontana, aunque siguió siendo tan excelente historiador como sectario. Hablar de un liberalismo español antes de que se moviera, en 1820, Cataluña sentó muy mal allí, así como hablar de pensamiento preliberal en la época de Carlos III, prólogo del constitucionalismo de Cádiz. Pensemos en el esquema interpretativo de *La quiebra de la monarquía absoluta*. Hasta molestó que pudiese en la cubierta el emblema de la Sociedad de Amigos del País de Valencia. Este libro me convirtió entonces en maldito y no abrió ningún debate. Más tarde, mi interpretación fue asumida por muchos otros, casi siempre en silencio. A partir de entonces decidí especializarme en historia del pensamiento español y me dediqué, en primer término, al socialismo utópico y al anarquismo.

Los años 1969 y 1970 los recuerdo como un momento de gran conmoción intelectual y política, coincidiendo con la lectura y publicación de mi Tesis y el Juicio de Burgos. Fueron años de militancia cultural en Ruedo Ibérico y en la editorial Ayuso. Mis dudas ante el comunismo por mi antisovietismo se aclararon por la condena del Partido Comunista de España a la invasión de Praga en 1968, aunque no milité oficialmente hasta el año 1976 en el Partido Comunista de Euskadi. Muchos pensaban que yo estaba en el PCE desde mucho antes, pero no era cierto. No tuve carnet hasta 1976. En 1970-71, cuando hice lo del Socialismo utópico, comencé a escribir en *Triunfo*. Mi carrera académica continuó, y desde 1972 era agregado interino, pero en 1975 conseguí una plaza de adjunto por oposición, y al año siguiente, coincidiendo con los sucesos de Vitoria, en marzo de 1976, obtuve también por oposición una plaza de agregado. Esta oposición fue muy dura, el último ejercicio fue a cara de perro. Anteriormente, en 1970, fui adjunto de Artola durante dos cursos en la Universidad Autónoma de Madrid como profesor de Historia Moderna y Contemporánea, para mi desgracia, porque no me entendían o no sabía explicarme. Pero nunca abandoné Políticas en la Complutense, ya que seguí dando cursos de Doctorado. Con Miguel Artola tuve una muy buena relación, que inicié desde la lectura de mi Tesis hasta la primavera de 2007, cuando a la muerte de mi mujer, Marta Bizcarrondo, rompió de manera inesperada y casi grosera las casi cuatro décadas de amistad: tenía comprometidos con él un par de trabajos que iba a realizar con Marta, y al fallecimiento de ésta en febrero de 2007, fui incapaz de cumplir el compromiso, en contra de lo que yo mismo había pensado. Me mandó al diablo por teléfono, después de tanto tiempo de una amistad bien cercana. En fin, más vale olvidar las miserias humanas, las tuyas y las más graves de quien fuera mi colaboradora más próxima. En mayo de 1981 llegué a catedrático de Historia del Pensamiento Social y Político de España, al jubilarse Maravall.



Mi radicalización política me llevó a perder el empleo de sociólogo en el Ministerio, después de rechazar el regalo de Velarde, en su bondad infinita: una oposición restringida para llegar a ser funcionario en dicho departamento ministerial. Francamente, no me apetecía nada ser funcionario de Franco a la altura de 1970, y menos por trato de favor. Asimismo continué con mi militancia cultural publicando en Ayuso clásicos del socialismo y anarquismo como Pablo Iglesias, Abad de Santillán o Kropotkin. Además, intenté publicar textos comunistas, pero como detrás de la editorial estaba la sombra del PCE, no lo logré. Yo admiraba a Togliatti y al Partido Comunista de Italia (PCI), porque era más abierto. No pude publicar ni a Gramsci ni a Togliatti, no se me permitió publicar el pensamiento comunista racionalista. La tela de araña del partido estaba detrás. En 1968 llegué a la *Revista de Trabajo*, donde pude publicar, gracias otra vez a Juan Velarde, textos históricos socialistas y anarquistas, ya que el *Manifiesto Comunista* que traduje había sucumbido en el estado de excepción de 1969. Allí aparecieron los informes de la Comisión de Reformas Sociales, incluido el informe inédito del médico socialista Jaime Vera a la Comisión. Curiosamente,

una reseña de Soledad Puértolas en *Actualidad Económica* sobre la aparición de dicho informe y elogiando la recuperación de esos textos le costó a su revista una multa de 25.000 pesetas, porque no podían multar la Revista del Ministerio de Trabajo. Se publicaron legalmente bajo la dictadura un montón de textos socialistas y anarquistas de los años 20 y 30. Entonces, la censura funcionaba como un abrelatas, conseguías meter un texto y entraba el siguiente.

Esta labor en el Ministerio, unido a lo que hacía en la Facultad, no debía de gustar y por eso tuve intervenido el teléfono particular de mi apartamento en la calle Arturo Soria, donde residí entre 1968 y 1974. Lo cuento siempre para destacar las insuficiencias técnicas de la represión franquista. En los aparatos de la época, si apretabas a fondo, cortabas la comunicación; si no hacías nada, te oían, pero si apretabas a medias salía un ruido muy fuerte, algo así como *schfff*. Así que yo optaba por esto último hasta que el teléfono un día habló solo, gritando: «¡Quita cabrón, que me haces daño!».

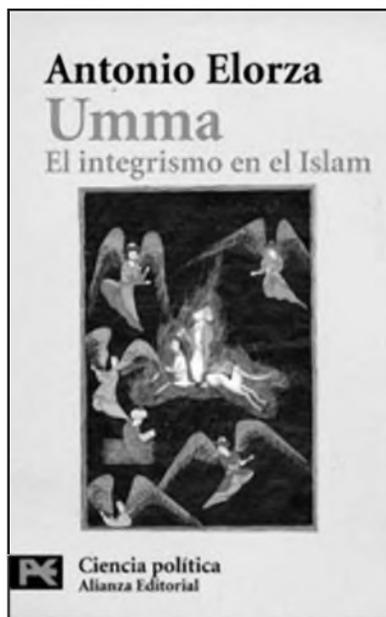
Sin duda yo no les caía bien, pero al no militar era difícil pillarme. Así que los ataques eran indirectos, como cuando hacia 1972, ante una posible expulsión de la Universidad, firmé la oposición a técnicos de la administración del Estado, resultando que el temario me venía como anillo al dedo. Al almirante Carrero Blanco le iba aquello de poner la lupa para reprimir, y, según me contaron, creyó que un artículo mío en *Triunfo* sobre Bravo Murillo, especie de tecnócrata católico autoritario *avant la lettre*, iba contra él, cosa errónea, y decidió que había que suspenderme de antemano. Según la API, agencia de prensa independiente, y según otros firmantes, ello retrasó la oposición hasta encontrar un presidente de tribunal dócil. Yo asistía divertido al espectáculo, pues no tenía pensado opositar.

Menos divertidos fueron los momentos finales de la vida de Franco. Me tocaba un examen horas después de los fusilamientos de septiembre de 1975 y, lógicamente, suspendí el examen.

Para mi suerte, no encontré una corbata negra, y sí sólo un botón negro para marcar el luto. Resultado: la apertura de un expediente que el decano de entonces, socialista de Tierno, y más tarde eurodiputado, no hizo nada por detener. «Mejor no dar mítines», me dijo. Quien sí lo paró fue Maravall, gracias a una amistad suya en el Rectorado. Por los mismos días tenía pendiente un juicio en el Tribunal de Orden Público, al lado de Elías Díaz y de Enrique Moral, por un artículo sobre Pablo Iglesias en *Sistema*. Creo que me pedían de dos a seis años por incitación a la violencia, o cosa así. Pero Franco murió, y cuando me recibió el juez del TOP era como un padre. Le interesaba mucho el socialismo, me dijo, sobre todo Trotski y Besteiro, por supuesto yo había escrito el artículo por razones exclusivamente académicas y él iba a sobreeser aquello de inmediato. Así que salí del franquismo sin una sola detención.

P. *¿Cómo fue tu actividad pública durante la Transición? ¿En qué medios de prensa comenzaste a publicar habitualmente?*

En 1977 pasé a dirigir la *Revista de Estudios de Historia Social*, nuevo regalo de Velarde, hasta 1992. Me expulsaron del Comité Central del Partido Comunista de Euskadi en 1982, del que formaba parte desde septiembre de 1977. Esa escisión provocó la aparición de *Euskadiko Ezkerra*, donde milité muy poco, por razones geográficas. Participé muy activamente en la campaña anti-OTAN, formé parte de la Plataforma cívica anti-OTAN, donde también estaba Sánchez Dragó. Y fui socio fundador de la coalición Izquierda Unida (IU), en calidad de independiente, uno de los dieciséis firmantes. Igualmente tuve una actividad muy intensa con la pluma en vísperas de la huelga general de diciembre de 1988. Tratando de recoger su impulso, junto a Marta [Bizcarrondo] y por instrucciones de Nicolás Sartorius, pusimos en marcha el movimiento de independientes de IU, antecedente de la Nueva Izquierda, mandando cartas y poniendo los sellos nosotros mismos a los socios de la Fun-



dación de Investigaciones Marxistas. Sartorius me dijo que había luz verde del Partido, pero Frutos no lo pensaba así, y el aparato hizo lo posible para boicotear el nonato movimiento de independientes.

Además, tuve entonces la ocasión de conocer personalmente las ideas de «construcción del socialismo» del nuevo líder Julio Anguita durante una «reunión de cerebros» celebrada en una casa mítica de Camorritos, en la sierra madrileña. No había nada que hacer y en febrero de 1989 hice mutis por el foro. Ya sin intervenir directamente en política, a mediados de los 90, fui muy activo desde la prensa en la crítica contra los GAL y con la actuación de Felipe González, así como del viraje en Euskadi del PNV hacia Lizarra y, para terminar, de la pinza sectaria de Julio Anguita contra el PSOE. Últimos pasos: en 1999 intervine una tarde en Barcelona en la campaña a favor de Antonio Gutiérrez para eurodiputado, y a comienzos de 2008 fugazmente en la de Rosa Díez, sin militancia alguna.

P. *¿Cómo te defines ideológicamente? ¿Metodológicamente dónde te sitúas?*

R. Ideológica y culturalmente me he movido siempre en un marxismo heterodoxo. Suelo autodefinirme, en broma más bien, como marxiano o marxioide. Mi etapa más feliz fue desde 1968, cuando el PCE condenó la invasión soviética de Checoslovaquia, hasta 1980, cuando veo cómo

funciona el Partido en España. Fui expulsado curiosamente por nacionalista vasco. Lamenté la disolución de Euskadiko Ezkerra. Como siempre había sido antisoviético, no lamenté nada la caída del bloque comunista del Este, aunque se abrió una situación difícil. He tenido diferentes influencias, mi reverencia ha ido desde Gramsci hasta Todorov. Mis ideas políticas y mis planteamientos metodológicos han girado en torno al marxismo, en cuanto teoría que permite entender la historia como proceso articulado en torno a las relaciones económicas y al cambio tecnológico, sin que sirva lógicamente de nada para conocer otras dimensiones, de la importancia de la política, la comunicación social o el vínculo entre imagen y poder, por poner algunos ejemplos. Sigo pensando que, con todas sus revisiones, es un instrumento necesario de análisis, siempre que se reconozcan errores y limitaciones, aunque desgraciadamente no como proyecto de construcción político-social. La historia no va al fin de la historia. Las contradicciones están ahí, ya no son las contradicciones de clase, aun cuando la desigualdad mantenga su peso crucial, sino la supervivencia del planeta, quedando en la actualidad sin resolver un horizonte muy amplio de problemas. El conservadurismo no es la solución, salvo para defender los intereses de quienes lo asumen. Ha causado demasiados desastres, claro que también muchas revoluciones los han ocasionado. Pero no es momento de profecías. Sólo quiero añadir que el mejor sistema político es la democracia, más que por las maravillas que produce, por los males que evita. Vengo de la utopía, pero mi utopía siempre ha sido la defensa de la razón. Siempre he sido un racionalista desesperado, pero nunca desesperanzado.

En fin, toda una vida dedicada a la investigación y al compromiso cívico..., una vida apasionante. Por falta de tiempo y espacio no puedo continuar, así que, insisto, reitero al protagonista de esta semblanza-cuestionario que comience en breve a escribir sus memorias. Y espero que cumpla mi deseo.